

en mí en medio de tu dicha, como yo pienso en ti en medio de mi vida monótona, un tanto sombría, pero distraída; sobria, pero productiva: ¡sé, pues, bendita!

XXIX

El señor de la Estorade á la baronesa de Macumer

Diciembre, 1825.

Señora: Mi mujer no ha querido que usted supiese por medio de la vulgar escuela de participación la nueva de un gran acontecimiento que nos colma de alegría. Acaba de dar á luz un hermoso niño, y retardaremos su bautismo hasta el momento en que venga usted á su tierra de Chantepleurs. Renato y yo esperamos que vendrá usted á la Crampade para ser madrina de nuestro primogénito. Confiando en esto, acabo de hacerle inscribir en el registro civil con los nombres de Armando Luis de la Estorade. Nuestra querida Renato ha sufrido mucho, pero con una paciencia angelical. Usted ya la conoce: la ha sostenido en esta primera prueba del oficio de madre la certidumbre de la dicha que nos proporcionaba á todos. Sin caer en las exageraciones un tanto ridículas de los padres que son padres por primera vez, puedo asegurar á usted que el pequeño Armando es muy hermoso; bástele á usted saber que tiene las facciones y los ojos de Renato. En el mero hecho de llevar á cabo esta elección, puede decirse que también tiene talento. Ahora que el médico y el tocólogo han afirmado que Renato no corre el menor peligro, pues ella lo creía, y que el niño ha tomado muy bien el pecho, y la leche es abundante, podemos mi padre y yo entregarnos á nuestra alegría. Señora, esta alegría es tan grande, tan necesaria; anima de tal modo á toda la casa, ha cambiado de tal manera la existencia de mi mujer, que deseo por su dicha de usted que le ocurra pronto lo mismo. Renato ha mandado preparar una habitación, que yo quisiera hacer digna de nuestros huéspedes, y en la cual, si no con lujo, serán ustedes al menos recibidos con fraternal cordialidad.

Renato me manifiesta sus intenciones respecto á nosotros, y

yo aprovecho gustoso esta ocasión para darle á usted las gracias. El nacimiento de mi hijo ha determinado á mi padre á hacer sacrificios que siempre se resisten á hacer los ancianos: acaba de adquirir dos dominios. La Crampade es ahora una tierra que renta treinta mil francos. Mi padre va á solicitar del rey permiso para erigirla en mayorazgo. Obtenga usted para él el título de que hablaba en su última carta, y de ese modo habrá usted hecho ya algo por su ahijado.

Respecto á mí, seguiré sus consejos de usted sólo por el gusto de ver á usted y á Renato juntas mientras duran las sesiones. Estudio con ardor y procuro llegar á ser lo que se llama un hombre especial. Nadie me dará más valor que el saber que usted es protectora de mi pequeño Armando. Ruégole, pues, de nuevo, que usted, tan hermosa y tan espiritual, se digne venir aquí á desempeñar el papel de hada en favor de mi hijo primogénito. Usted habrá añadido así, señora, á los sentimientos de respetuoso afecto que por usted siento, un eterno agradecimiento.

Su muy humilde y odiente servidor,

LUIS DE LA ESTORADE.

XXX

Luisa de Macumer á Renato de la Estorade

Enero de 1826.

Ángel mío: Macumer acaba de despertarme con la carta de tu marido. Empiezo por decir que sí. Iremos á fines de abril á Chantepleurs. Será para mí, placer sobre placer el viajar, el verte y ser madrina de tu primer hijo; pero quiero que Macumer sea el padrino. Una alianza católica con otro compadre me sería odiosa. ¡Oh! si pudieses ver la expresión de su rostro cuando le dije esto, comprenderías lo que me ama este ángel.

—Felipe, deseo tanto más que vayamos juntos á la Crampade—le dije,—por cuanto que allí acaso tengamos un hijo. Yo también quiero ser madre... aunque voy á tener demasiado trabajo para repartirme entre él y tú; además, si yo viese

que me preferías á alguna criatura, aunque ésta fuese mi hijo, no sé lo que ocurriría. Muy bien puede ocurrir que tuviera razón Medea: ¡tenían cosas muy buenas los antiguos!

Se echó á reír. De modo que, corcita querida, tú tienes el fruto sin haber tenido las flores, y yo tengo las flores sin el fruto. El contraste de nuestros destinos continúa. Pero nosotras sabemos bastante filosofía para poder buscar algún día el sentido y la moral de esto. ¡Bah! convengamos en que, para llevar diez meses de matrimonio, no he perdido el tiempo.

Hacemos la vida ociosa, y sin embargo distraída, de la gente feliz. Los días nos parecen siempre demasiado cortos. La gente que me ha vuelto á ver disfrazada de mujer, ha encontrado á la baronesa de Macumer mucho más bonita que á Luisa de Chaulieu: el amor feliz también cambia á la gente. Cuando, en alguna hermosa mañana de enero, brilla el sol con todo su esplendor, los árboles de los Campos Elíseos están blancos á causa de la helada, y Felipe y yo pasamos en nuestro cupé ante todo París, juntos allí donde estábamos separados el año pasado, se me ocurren millares de pensamientos, y, como tu presentías en tu carta última, temo ser algo insolente.

Si desconozco los goces de la maternidad, tú me los dirás, y así seré madre por ti; pero no hay para mí nada comparable á las voluptuosidades del amor. Vas á decirme que soy extravagante; pero, en diez meses, esta es la décima vez ya que sorprendo en mí el deseo de morir á los treinta años, en todo el esplendor de la vida, en la primavera de mi amor, en el seno de las voluptuosidades, y de marcharme harta, sin disgusto, después de haber vivido en este sol, en pleno éter y después de haber sido un tanto muerta por el amor, sin haber perdido ni una hoja de mi corola y conservando todas mis ilusiones. Piensa, pues, lo que es tener un corazón joven en un cuerpo viejo, al encontrar todas las figuras mudas, frías, allí donde todo el mundo nos sonreía, y ser, en fin, una mujer respetable. Pero esto es un infierno anticipado.

Felipe y yo tuvimos nuestra primera disputa por este asunto. Yo quería que él tuviese fuerzas para matarme á los treinta años, durante mi sueño y sin que yo lo sospechase, para hacerme pasar de este modo de un sueño á otro. El monstruo no ha querido. Le amenacé con dejarle solo en la vida, y el pobre hombre palideció. Querida mía, este gran ministro se

ha convertido en un verdadero chiquillo. Es increíble la juventud y la sencillez que en él se ocultaba. Ahora que pienso en voz alta con él como contigo, y que le he acostumbrado á este régimen de confianza, nos maravillamos uno á otro.

Querida mía, los dos amantes, Felipe y Luisa, quieren enviar un regalo á la parida. Quisiéramos encargar algo que te gustase. Así que dime francamente lo que desees, porque nosotros no damos fácilmente las sorpresas, como dan los plebeyos. Quisiéramos que nos recordases sin cesar, por medio de algún bonito presente, de alguna cosa que te sirva todos los días y de que no perezca nunca. Nuestra comida más alegre, más íntima, más animada, porque estamos en ella solos, es el almuerzo; y yo he pensado enviarte un servicio especial para este objeto, cuyos adornos fuesen todos figuras de niños. Si apruebas mi resolución, respóndeme inmediatamente, porque para llevártelo es preciso encargarlo, y los artistas de París son como los reyes holgazanes. Esa será mi ofrenda á Lucina (1).

Adiós, querida nodriza; te deseo todos los placeres de las madres, y espero con impaciencia tu primera carta, donde me lo dirás todo, ¿verdad? Ese parto me hace temblar. Aquella palabra de la carta de tu marido me ha impresionado vivamente. ¡Pobre Renato! un hijo cuesta caro, ¿verdad? Ya le diré yo á mi ahijado lo mucho que debe amarte. Mil abrazos, ángel mío.

XXXI

Renato de la Estorade á Luisa de Macumer

Muy pronto va á hacer cinco meses que he dado á luz, y aun no he tenido, querida mía, ni un sólo momento para escribirte. Cuando seas madre, me dispensarás más plenamente de lo que lo has hecho, pues no has dejado de castigarme escribiéndome de tarde en tarde. Escribe, nena querida. Dime todos tus placeres, descríbeme tu dicha á grandes rasgos, sin

(1) Diosa que presidía el nacimiento y que se identifica con Juno ó con Diana.—(N. del T.)

temer afligirme, pues soy feliz, más feliz de lo que tú pudieras nunca imaginarte.

He ido á la parroquia á oír la misa de parida, con gran pompa, como acostumbra á hacerse entre estas antiguas familias de Provenza. Los dos abuelos, ó sean el padre de Luis y el mío, me daban el brazo. ¡Ah! nunca me he arrodillado ante Dios con tanto agradecimiento. Tengo tantas cosas que decirte, tantos sentimientos que pintarte, que no sé por dónde empezar; pero en el seno de esta mi confusión se levanta radiante un recuerdo, el de mi plegaria en la iglesia.

Cuando, en aquel sitio en que, soltera aún, dudé de la vida y de mi porvenir, me encontré metamorfoseada en madre gozosa, creí ver á la Virgen del altar inclinando la cabeza y ofreciéndome al niño divino, que pareció sonreírme. Con qué santa efusión de amor celestial presenté á nuestro pequeño Armando al cura para que lo bendijese, al cual lo bautizó provisionalmente. Pero, ya nos verás juntos á Armando y á mí.

Hija mía (mira, ya te llamo hija mía; pero no te extrañe, porque esta es la palabra más grata para el corazón, la inteligencia y los labios de una madre), durante los dos últimos meses me arrastré, pues, bastante lánguidamente por nuestros jardines, cansada, reventada por la molestia de aquel fardo, que nunca creí había de ser tan querido y tan grato, á pesar de las molestias de dichos dos meses. Sentía tales aprehensiones y previsiones tan mortalmente siniestras, que superaban á mi curiosidad: yo razonaba, me decía que nada de lo que quiere la naturaleza puede ser, temible, y me prometía á mí misma ser madre. Pero ¡ay de mí! al mismo tiempo que pensaba en este hijo que me demostraba su presencia dándome lindas patadas, no sentía nada en el corazón; y, querida mía, podría ser grato recibir dichas patadas cuando se ha tenido ya hijos, pero la primera vez esos síntomas de una vida desconocida producen más asombro que placer. Te hablo de mí, que no soy ni falsa ni cómica, y cuyo fruto provenía más de Dios (porque Dios da los hijos) que de un hombre amado. Dejemos estas tristezas pasadas, que espero no han de volver más.

Cuando llegó la crisis, reuní en mí tal conjunto de elementos para la resistencia, esperaba tales dolores, que, según dicen, soporté maravillosamente la horrible tortura. Nena mía, hubo próximamente una hora durante la cual me abandoné á un anonadamiento cuyos efectos fueron los de un sueño. Sentí en mi interior ser un doble ente: una envoltura atormentada, des-

garrada, torturada, y un alma plácida. En este raro estado, el sufrimiento pareció que hizo brotar en mi cabeza una corona. Se me figuró que una inmensa rosa salida de mi cráneo se agrandaba y lo rodeaba. El color rosáceo de esta flor sangrienta se comunicó al aire. Lo veía todo rojo. Llegada así al punto en que parece que quiere hacerse la separación entre el cuerpo y el alma, sentí un dolor que me hizo creer en una muerte inmediata. Lancé gritos horribles y procuré recobrar nuevas fuerzas contra aquellos nuevos dolores. Este espantoso concierto de clamores se vió en seguida extinguido en mí por el canto delicioso de los argentinos sonidos de este pequeño ser. No, nada puede describirte aquel momento: me parecía que el mundo entero gritaba conmigo, que todo era dolor y clamoreo, y todo se extinguió ante aquel débil grito del recién nacido. Me trasladaron á mi gran cama, donde entré como en el cielo, á pesar de mi excesiva debilidad. Tres ó cuatro caras gozosas, con los ojos humedecidos por el llanto, me mostraron al niño. Querida mía, yo exclamé entonces con asombro:

—¡Que mono! ¿estáis seguros de que es un niño?—pregunté. Acto continuo me repuse, bastante desolada porque no me sentía más madre.

—Hija mía, no se preocupe usted—me dijo mi madre, que se ha constituido en mi enfermera,—pues ha dado á luz el niño más hermoso del mundo. Evite usted toda excitación de la imaginación; es necesario que haga usted cuanto pueda por parecerse á la vaca que paca para tener leche.

Entonces me dormí con la firme intención de entregarme por completo á la naturaleza. ¡Ah! ángel mío, el sueño de todos aquellos dolores, de aquellas sensaciones confusas, de aquellos primeros días en que todo era obscuro, penoso é indeciso, fué divino. Estas tinieblas fueron animadas por una sensación cuyas delicias excedieron al primer grito de mi hijo. Mi corazón, mi alma, mi ser, mi *yo* desconocido brotó de su cascarón, negro y obscuro hasta entonces, del mismo modo que la flor sale de su capullo respondiendo á la ardiente llamada del sol. El pequeño monstruo tomó mi seno y mamó: he ahí el *Fiat lux*. Inmediatamente fuí madre. He ahí la dicha y la alegría, una alegría inefable, á pesar de que no deja de ir acompañada de dolores. ¡Oh, mi querida celosa! ¡cuánto apreciarás tú un placer del que sólo participamos nosotras, el niño y Dios! Este pequeño ser no conoce nada en el mundo más que nuestro seno. No hay para él en el universo más que este punto bri-

llante, y lo ama con todas sus fuerzas, no piensa más que en esta fuente de vida, acude á ella y se va para dormir, pero despierta para volver á ella de nuevo. Sus labios tienen un amor inexplicable, y, cuando se adhieren, causan dolor y placer á la par, un placer que llega hasta el dolor, y un dolor que acaba por ser placer; me sería imposible explicarte una sensación que, desde el seno, irradia en todo mi ser, pareciendo que sea centro de donde parten mil rayos que regocijan el corazón y el alma. Engendrar no es nada; pero amamantar es engendrar á todas horas. ¡Oh, Luisa! no hay caricias de amante que puedan compararse con las de estas manitas rosáceas que te manosean suavemente y que procuran agarrarse á la vida. ¡Qué alternativas miradas dirige un niño de nuestro seno á nuestros ojos! ¡Qué sueños se tienen al verlo suspendido por los labios de su tesoro! Emplea en ello todas las fuerzas de su alma y todas las de su cuerpo, toda su sangre y toda su inteligencia, y satisfácese con exceso sus deseos. Esta adorable sensación de su primer grito, que fué para mí lo que para la tierra el primer rayo de sol, la volví á sentir al ver que mi leche llenaba su boca; la volví á sentir al recibir su primera mirada, y acabo de experimentarla al saborear su primer pensamiento en su primera sonrisa. ¡Se ha reído, querida mía! Esta risa, esta mirada, esta mordedura, estos gritos, estos cuatro goces son infinitos: llegan hasta el fondo del corazón y hacen vibrar ciertas cuerdas que sólo ellos pueden animar. Los mundos deben relacionarse con Dios, como el hijo se relaciona con todas las fibras de su madre; Dios es un gran corazón de madre. No hay nada visible ni perceptible en la concepción ni en el embarazo; pero el ser nodriza, nena mía, es una dicha de todos los momentos. Se ve en lo que se convierte la leche, se ve que ésta pasa á ser carne, y alimenta hasta las puntitas de estos dedos diminutos que parecen flores y que tienen su misma delicadeza; se ve que se convierte en uñas finas y transparentes, en rizados cabellos, y que da movimiento á unos pies de niño, que encierran todo un lenguaje. El niño empieza á expresarse con ellos. Amamantar, Luisa, equivale á observar una transformación, que se percibe de hora en hora, y que se contempla con admiración. Los gritos no se oyen con los oídos, sino con el corazón; las sonrisas de los ojos y de los labios, ó las agitaciones de los pies, se comprenden como si Dios las descifrara con caracteres de fuego en el espacio. No hay nada en el mundo que le interese á una: ¿el padre?... lo mataría una

si se atreviese á despertar al hijo. Es una el mundo entero para este hijo, como el hijo es el mundo entero para nosotras. ¡Se está tan segura de que nuestra vida pertenece á dos! ¡se ve una tan ampliamente recompensada por los trabajos que se toma y por los sufrimientos que soporta! porque hay grandes sufrimientos... Dios te libre de tener una grieta en el pecho, esa llaga que se abre bajo la influencia de unos labios de rosa, que se cura tan difícilmente, que causa torturas que la volverían á una loca, si no se tuviese la alegría de ver la boca del niño llena de leche, y que es uno de los más espantosos castigos de la belleza. Luisa mía, piensa en ello, porque estas grietas sólo se producen en una piel fina y delicada.

En cinco meses, mi pequeño renacuajo se ha convertido en la criatura más bonita que jamás madre alguna haya podido bañar con sus gozosas lágrimas, lavar, cepillar, peinar y acicalar; porque Dios sólo sabe con qué infatigable ardor se acicala, se viste, se lava, se muda y se besa á estas pequeñas flores. De modo que mi mono no es más que un mono, pero un mono *baby*, como dice mi buena inglesa, un *baby* blanco y rosáceo, que, como conoce que es amado, casi no llora, aunque, á decir verdad, esto puede depender de que yo no lo dejo nunca y de que me esfuerzo por penetrarle con mi alma.

Querida mía, tengo ahora en el corazón, para Luis, un sentimiento que no es amor, pero que, en una mujer amante, debe completar el amor. No sé si esta ternura, este agradecimiento, desprovisto de todo interés, sobrepasa ó no al amor. Por lo que tú me has dicho, nena querida, el amor tiene algo de atrozmente terrestre, mientras que hay un no sé qué de religioso y de divino en el afecto que siente una madre feliz por aquel que fué origen de estos prolongados y eternos goces. El goce de una madre es una luz que penetra hasta el porvenir y lo ilumina, pero que se refleja en el pasado para darle el encanto de los recuerdos.

Por otra parte, el anciano Estorade y su hijo redoblan sus bondades, y yo soy para ellos una persona nueva; sus palabras y sus miradas me llegan al alma, porque me acarician cada vez que me ven y que me hablan; creo que el anciano abuelo se convierte en niño, y me contempla con admiración. La primera vez que bajé á almorzar, me vió comiendo y dando de mamar á su nieto, y lloró. Aquellas lágrimas en sus dos ojos secos, donde no brillan generalmente más que sentimientos interesados, me causó una satisfacción inexplicable, porque me pareció

que el buen hombre comprendía mis goces. Respecto á Luis, estaba tan contento, que hubiera contado á los árboles y á las piedras del camino que tenía un hijo. Pasa horas enteras contemplando á tu ahijado dormido. Dice que no sabe cuando se acostumbrará á él. Estas excesivas demostraciones de alegría me revelaron la extensión de sus aprehensiones y de sus temores. Luis acabó por confesarme que dudaba de sí mismo, y se creía condenado á no tener hijos. Mi pobre Luis ha mejorado de pronto mucho de salud y estudia cada vez más. Este hijo ha redoblado la ambición del padre. En cuanto á mí, soy cada vez más feliz. Cada hora une con nuevos lazos á la madre y al hijo. Lo que siento en mí me prueba que este sentimiento es imperecedero, natural y de todos los instantes, mientras que el amor, por ejemplo, debe tener intermitencias. No se ama siempre del mismo modo en todos los momentos, no se borda sobre esa tela de la vida flores siempre fragantes, en una palabra, que el amor puede y debe cesar, mientras que la maternidad no disminuye, sino que al contrario crece con las necesidades del hijo y se desarrolla con él. ¿No es á la vez una pasión, una necesidad, un sentimiento, un deber, una dicha? Sí, nena, esa es la vida propia de la mujer. Nuestra sed de abnegación se satisface siendo madre, y no sufrimos las turbaciones de los celos. Este es acaso el único fruto en que la sociedad y la naturaleza están de acuerdo. En esto, la sociedad parece haber enriquecido la naturaleza y haber aumentado el sentimiento maternal creando el espíritu de familia y la continuidad del nombre, de la sangre y de la fortuna. ¿Con qué amor no debe rodear una mujer al ser querido que fué el primero en darle á conocer tamaños goces, que le ha hecho desplegar las fuerzas de su alma y que le ha enseñado el gran arte de la maternidad? El derecho de primogenitura, cuya antigüedad se confunde con la del mundo y se mezcla con el origen de las sociedades, no creo que hubiese sido discutido. ¡Ah! ¡cuántas cosas enseña un hijo á su madre! Hay tantas promesas hechas á la virtud dentro de esta protección incesante que debemos á un ser débil, que la mujer no está en su verdadera esfera hasta que es madre; entonces únicamente despliega sus fuerzas, practica los deberes de su vida, y goza de todas las dichas y de todos los placeres. Una mujer que no es madre es un ser incompleto y defectuoso. Date prisa á ser madre, ángel mío, y aumentarás tu dicha actual con todas mis volutuosidades.

A pesar de que estoy en el fondo del jardín, oí gritar á tu señor ahijado, y dejé la pluma para acudir á él. No quiero mandar esta carta al correo sin decirte una palabra de despedida; acabo de repasarla, y estoy asustada de las vulgaridades de sentimiento que contiene. Lo que yo siento ¡ay de mí! me parece que lo han sentido todas las madres como yo, que deben expresarlo de la misma manera, y que tú te burlarás de mí como se burla uno de la ceguera de todos los padres que hablan del talento y de la hermosura de sus hijos, encontrando siempre en ellos algo de particular. En fin, querida nena, lo más importante de esta carta es lo siguiente: soy tan feliz ahora como desgraciada era antes. Esta bastida, que pronto va á ser una tierra, un mayorazgo, es para mí la tierra prometida. Acabé por atravesar mi desierto. Mil afectos, querida nena, y no dejes de escribirme, pues hoy ya puedo leer, sin llorar, la descripción de tu dicha y de tu amor. Adiós.

XXXII

La señora de Macumer á la señora de la Estorade

Marzo, 1826.

¿Cómo es, querida mía, que hace ya tres meses que no te escribo y que no recibo cartas tuyas?... Yo soy la más culpable de las dos, porque te debo contestación; pero no sé yo que tú seas susceptible. Tu silencio ha sido considerado por Macumer y por mí como una adhesión al servicio adornado con figuritas de niños, alhajas éstas que partirán esta mañana para Marsella; los artistas han empleado seis meses para hacerlas. Así es que he quedado sorprendida cuando Felipe me llamó para que viese el servicio antes de que el platero lo embalase. Pensé de pronto que no nos habíamos dicho nada desde la carta en que me sentí madre contigo.

Ángel mío, el terrible París es mi excusa. Espero ahora la tuya. ¡Oh! el mundo ¡qué abismo! ¿No te he dicho muchas veces que sólo se puede ser parisiense en París? El mundo

destruye aquí todos los sentimientos, le ocupa á una todas las horas, y acabaría por devorarle el corazón á la que no anduviese con cuidado. ¡Qué asombrosa obra maestra es la creación de Celimenes en el *Misántropo* de Moliere! Es la mujer de mundo del tiempo de Luis XIV, que es igual á la de nuestro tiempo y á la de todos los tiempos. ¿Dónde estaría yo sin mi égida, mi amor por Felipe? Haciendo estas reflexiones, le dije esta mañana que era mi salvador. Si mis veladas están ocupadas por las fiestas, por los bailes, por los conciertos y por los espectáculos, encuentro al volver á casa los goces del amor y sus locuras, que me dilatan el corazón y que borran las heridas que en él ha podido hacer el mundo. No he comido en casa más que los días que tuvimos la gente que se llama amigos y los días en que recibo, que son los miércoles. He entrado en competencia con las señoras de Maufrigneuse y de Espard, y con la anciana duquesa de Lenoncourt. Mi casa tiene reputación de divertida, de agradable. Me he dejado llevar de la moda, viendo que mi Felipe se considera feliz con mis éxitos. A él le dedico las mañanas, porque desde las cuatro de la tarde hasta las dos de la madrugada pertenezco á París. Macumer es un admirable dueño de casa: es tan espiritual y tan grave, tan verdaderamente grande y tiene una gracia tan perfecta, que se haría amar de cualquier mujer, aunque ésta se hubiera casado con él por conveniencia. Mi padre y mi madre marcharon para Madrid: muerto el rey Luis XVIII, la duquesa obtuvo muy fácilmente, de Carlos X, el nombramiento de su encantador poeta, á quien se llevó consigo en calidad de agregado. Mi hermano, el duque de Rethoré, se digna mirarme como á una superioridad. Respecto al conde de Chaulieu, ese militar de fantasía, me debe un eterno reconocimiento; antes de la marcha de mi padre, mi fortuna ha sido empleada en constituirle en tierras un mayorazgo de cuarenta mil francos de renta, y su casamiento con la señorita de Mortsauf, una heredera de Turéna, está completamente arreglado. El rey, para que no se extingan el nombre y los títulos de las casas de Lenoncourt y de Givry, va á conceder derecho á mi hermano, mediante una real orden, á heredar los nombres, títulos y armas de Lenoncourt-Givry. En efecto, ¿cómo dejar perecer esos dos hermosos nombres y la sublime divisa *Faciem semper monstramus*? La señorita de Mortsauf, nieta y heredera única del duque de Lenoncourt-Givry, reunirá, según dicen, más de cien mil fran-

cos de renta. Mi padre se ha limitado á pedir que las armas de los Chaulieu figurasen debajo de las de los Lenoncourt. Así, pues, mi hermano será duque de Lenoncourt. El joven de Mortsauf, que debía recibir toda esta fortuna, está en el último grado de tisis y se espera su muerte de un momento á otro. El invierno próximo, después del luto, se verificará el casamiento. Según dicen, mi futura cuñada, la señorita Magdalena de Mortsauf, es una persona encantadora. Ya ves, pues, que mi padre tenía razón en sus previsiones. Este resultado me ha valido la admiración de mucha gente, y mi casamiento se explica. Por afecto á mi abuela, el príncipe de Talleyrand ensalza mucho á Macumer, de modo que nuestro éxito es completo. Después de haber empezado por vituperarme, el mundo me alaba mucho. Reino por fin en París, donde tan poca cosa era hace dos años. Macumer ve su dicha envidiada por todo el mundo, porque soy *la mujer más espiritual de París*. Ya sabes que en París son más de veinte *las mujeres más espirituales de París*. Los hombres me prodigan frases de amor ó se contentan con expresármelo por medio de envidiosas miradas. A decir verdad, hay en este concierto de deseos y de admiración una tan constante satisfacción de la vanidad, que ahora comprendo los gastos excesivos que hacen las mujeres para gozar de estas insignificantes y pasajeras ventajas. Este triunfo embriaga el orgullo, la vanidad, el amor propio y todos los sentimientos del yo. Esta perpetua divinización emborracha con tanta frecuencia, que ya no me asombra el ver que las mujeres se hagan egoístas, olvidadizas y ligeras en medio de esta fiesta. El mundo se sube á la cabeza, y se prodigan las flores del espíritu y del alma, el tiempo más precioso y los esfuerzos más generosos, á gentes que pagan con celos y con sonrisas, que venden la falsa moneda de sus frases, de sus cumplimientos y de sus adulaciones por los lingotes de oro de vuestro valor, de vuestros sacrificios y de vuestras invenciones para ser hermosa y parecer espiritual y afable á todos. Sabe una perfectamente que este comercio es costoso, que la roban á una, pero á pesar de todo transige una con él. ¡Ah, corcita mía! ¡cuánta sed se siente de un corazón amigo, cuán preciosos me son el amor y la abnegación de Felipe y cuánto te amo! Con qué contento se hacen los preparativos de viaje para ir á descansar á Chantepleurs de las comedias de la calle del Bac y de los salones de París. Yo, que acabo de repasar tu última carta, te describiré este infernal paraíso de París, di-

ciéndote que una mujer de mundo es imposible que sea madre.

Hasta muy pronto, querida; nos detendremos una semana á lo sumo en Chantepleurs, y estaremos en tu casa hacia el diez de mayo. ¡Vamos á vernos de nuevo después de dos años de separación! ¡Y qué cambios! Heños ya á las dos mujeres: yo la más feliz de las amantes, tú la más dichosa de las madres. Sabe, amor mío, que, aunque no te he escrito, no te he olvidado. Y mi ahijado, ese mono, ¿sigue tan bonito? ¿me honra? Debe tener ya más de nueve meses, y quisiera presenciar sus primeros pasos en el mundo; pero Macumer me dice que los niños más precoces no andan hasta los diez meses. Charlaremos como hacíamos en Blois. Ahora veré si es cierto lo que dicen al afirmar que los hijos estropean el talle.

P. D.—Si me contestas, madre sublime, dirige tu carta á Chantepleurs, porque parto.

XXXIII

La señora de la Estorade á la señora de Macumer

¡Ay! hija mía, si alguna vez llegas á ser madre, sabrás si se puede ó no escribir durante los dos primeros meses de cría. *Mary*, mi buena inglesa, y yo, estamos reventadas de trabajo. Es verdad que no te he dicho que me afano y me empeño en hacerlo yo todo. Antes del acontecimiento había hecho con mis propias manos la canastilla y había bordado y adornado las gorritas. Nena mía, soy esclava día y noche. Además, Armando Luis mama cuando quiere, y lo bueno es que quiere siempre; por otra parte, es preciso mudarle, limpiarlo y vestirlo con tanta frecuencia, gusta tanto la madre de contemplarlo dormido, cantarle canciones y pasearlo en sus brazos cuando hace buen tiempo, que no le queda lugar para cuidarse á sí misma. En una palabra, que si tú tenías el mundo, yo tenía á mi hijo, á nuestro hijo. ¡Qué vida más ocupada y más grata! Querida mía, te espero, y tú misma lo verás. Temo que lo encuentres con la dentición y que te parezca demasiado llorón. Hasta ahora, no ha llorado mucho, porque yo estoy siempre con él.

Los niños no lloran más que cuando tienen necesidades ó dolores, que es muy difícil adivinar, y cuya pista sigo yo de continuo. ¡Oh, ángel mío! ¡cuánto ha crecido mi corazón, mientras que tú hastiabas el tuyo poniéndolo al servicio del mundo! Te espero con impaciencia de solitaria. Quiero saber el concepto que te merece mi marido, como tú querrás saber sin duda el que yo me formo de Macumer. Escíbeme el día de tu marcha. Mis hombres quieren salir al encuentro de nuestros ilustres huéspedes. Ven, reina de París, ven á nuestra pobre bastida, donde serás amada.

XXXIV

La señora de Macumer á la vizcondesa de la Estorade

Abril, 1826.

Querida mía: La dirección de mi carta te dará á entender que se han logrado nuestros deseos. Tu suegro es ya conde de la Estorade. No he querido salir de París sin haber obtenido lo que ambicionabas, y te escribo delante del ministro de Justicia, que ha venido á decirme que ya estaba firmada la real orden.

Hasta muy pronto.

XXXV

La misma á la misma

Marsella, julio.

Mi brusca partida va á asombrarte, y en realidad estoy avergonzada de ella; pero, como ante todo he de decir la verdad y te amo tanto, voy á manifestártelo todo sencillamente en tres palabras: soy atrozmente celosa: Felipe te miraba demasiado. Tenfais juntos, al pie de tu roca, pequeñas entrevistas, que eran para mí un suplicio; me hacían pensar mal y

cambiaban mi carácter. Tu hermosura verdaderamente española tenía que recordarle su país y á aquella María de Heredia de quien estoy celosa, porque siento celos hasta del pasado. Tu magnífica cabellera negra, tus hermosos ojos negros, esa frente donde los goces de la maternidad ponen de relieve tus elocuentes dolores pasados, que son como las sombras de una radiante luz; la blancura de tu cutis meridional, que supera en mucho á mi blancura de rubia; esa riqueza de formas, ese seno que brilla bajo los encajes cual fruto delicioso, al que se agarra mi hermoso ahijado, todo eso me hería los ojos y el corazón. En vano procuraba obscurecer mis cabellos y hacer resaltar la insipidez de mis trenzas rubias poniéndome cintas de color cereza, pues todo palidecía ante una Renato que no esperaba yo encontrar en ese oasis de la Crampade. Además, Felipe envidiaba demasiado ese niño, al que yo temía ya empezar á odiar. Sí, esa insolente vida que llena tu casa, que la anima, esos gritos, esas risas, las querría para mí. Leí el pesar en los ojos de Macumer y lloré dos noches sin que él lo supiera. Tu casa fué para mí un verdadero suplicio. Eres mujer demasiado hermosa y madre demasiado feliz para que yo pueda permanecer á tu lado. ¡Ah, hipócrita! ¡y te quejabas! En primer lugar, tu Estorade resulta simpático, tiene agradable conversación, hermosos ojos, sus cabellos negros, mezclados con canas, son bonitos, y sus modales de meridional tienen un no sé qué muy agradable. Por lo que he visto, tarde ó temprano saldrá diputado por Bouches-du-Rhone, y será conocido en el Congreso, porque yo estoy á vuestro servicio en todo lo que concierne á vuestras ambiciones. Las miserias del destierro le han dado ese aire tranquilo y sosegado que es ya la mitad del camino en política. Para mí, querida mía, toda la política consiste en aparecer grave. Por eso decía yo á Macumer que tu marido llegará á ser un gran hombre de Estado. Después de haber adquirido la certidumbre de que eres feliz, me separo de ti contenta, y vengo á mi querido Chantepleurs, donde Felipe se las arreglará para ser padre, pues no quiero recibarte aquí hasta que tenga un hermoso hijo parecido al tuyo. Yo sé que merezco todos los calificativos que quieras darme; soy rara, inconcebible, infame, sin luces; ¡Ay de mí! todo eso es una cuando se tienen celos. No te tuve ni te tengo rencor, pero como sufría, supongo que me perdonarás que me haya sustraído á tales sufrimientos. Si hubiera estado dos días más, hubiera hecho alguna tontería, sí,

alguna acción de mal gusto. A pesar de las rabias que me mordían el corazón, no siento haber ido á visitarte, y me considero feliz habiéndote visto madre tan hermosa y tan fecunda, y amiga mía aún en medio de tus goces maternos, como yo sigo siéndolo tuya en medio de mis amores. Mira, en Marsella, á pocos pasos de vosotros, estoy ya orgullosa de ti al ver que vas á ser una gran madre de familia. ¡Con qué acierto adivinabas tu vocación! porque me pareces nacida más bien para ser madre que amante, del mismo modo que yo he nacido más bien para el amor que para la maternidad. Ciertas mujeres no pueden ser ni madres ni amantes, porque son demasiado feas ó demasiado estúpidas. Una buena madre y una esposa amada deben tener siempre gracia y juicio, y saber desplegar á cada paso las exquisitas gracias de la mujer ¡Oh! te observé perfectamente; ¿no es esto decirte, nena mía, que te he admirado? Sí, tus hijos serán felices y bien educados, gozarán de las efusiones de tu ternura y serán acariciados por la excelencia de tu alma.

Dile la verdad á tu Luis sobre mi marcha, pero cámbiala por juiciosos pretextos á los ojos de tu suegro, que parece ser vuestro intendente, y sobre todo á los ojos de tu familia, una verdadera familia Harlowe con carácter provenzal. Felipe no sabe aún por qué me he marchado, ni lo sabrá nunca. Si me lo pregunta, procuraré buscar un pretexto cualquiera. Probablemente le diré que estabas celosa de mí. Hazme el favor de apoyar esta pequeña y oficiosa mentira. Adiós: te escribo á toda prisa á fin de que puedas recibir esta carta á la hora del almuerzo, y el postillón encargado de llevártela está esperando. Muchos besos de mi parte á mi querido ahijado. Ven á Chantepleurs en el mes de octubre; estaré sola todo ese tiempo pues Macumer piensa ir á pasar una temporada á Cerdeña con objeto de hacer grandes cambios en sus dominios. Por lo menos, tal es su proyecto por ahora, aunque es un fatuo en hacer proyectos y en creerse independiente, y bien demuestra conocer su fatuidad al comunicármelos, porque lo hace como si me temiese. Adiós.